

7

APENDICE

—DE LA—

RELIGION DEMOSTRADA,

—POR EL—

Dr. D. Jaime Balmes.



LEON.—1894.

Imprenta y Librería de Francisco Verdayes.

APENDICE

—DE—

La Religión Demostrada,

—puesta al alcance de los niños,—

—POR EL—

Dr. D. Jaime Palmes.



LEON.—1894.

Imprenta y Librería de Francisco Verdayes:

DIALOGO

— DE LA —

RELIGION DEMOSTRADA POR BALMES.

§ I.

P. ¿Cómo se puede confundir á quien niegue ó ponga en disputa la existencia de Dios?

R. Levantando la mano y señalando con ella la admirable máquina del Universo.

P. Y esto será bastante?

R. Sin duda: porque si tengo un reloj me reiría de quien dijese que aquella maquinita se ha hecho por sí misma: si veo un hermoso cuadro, tendré por un loco al que afirme que nadie lo ha pintado. ¿Y qué máquina más grandiosa que la de los cielos y la tierra? ¿qué cuadro más magnífico que el firmamento tachonado de esplendentes astros, y el globo que habitamos, cubierto de tanta riqueza variedad y hermosura? Todo esto me demuestra hasta la evidencia, que hay un Dios que todo lo ha criado y ordenado.

P. Y qué piensa U. de los atributos de Dios?

R. Que el autor de toda perfección ha de tener en sí todas las perfecciones; y que por

consiguiente ha de ser eterno, infinitamente sabio, santo, justo, que ve de una ojeada lo pasado, lo presente y lo porvenir, que conoce las cosas más ocultas, que penetra hasta el más hondo secreto de nuestros corazones.

P. Cuida Dios de nosotros?

R. Si no hubiese querido cuidar ¿para qué criarnos?

P. Pero siendo nosotros tan pequeños, tan débiles y miserables, ¿no parece extraño que Dios fije en nosotros su atención?

R. Por lo mismo que somos tan pequeños, tan débiles y miserables, necesitamos más del cuidado de la Providencia; y sería mucho más extraño, que quien nos crió, sabiendo ya que seríamos lo que somos, nos hubiese abandonado. Un padre que abandona á sus hijos es tenido por cruel y desnaturalizado, ¿y podremos creer que Dios haya criado al linaje humano, echándole á este mundo, solo, desamparado, sin destino, marchando al caso? No es tal la idea que debemos formarnos de Dios.

P. U. supone que Dios ha criado al linaje humano; pero ¿cómo lo manifiesta con alguna razón?

R. Es muy fácil: yo tuve mis padres éstos tuvieron los suyos que eran mis abuelos, estos otros, y así sucesivamente. Esta cadena al fin se ha de acabar, y de consiguiente hemos de venir á unos padres que no nacieron de otros, y de consiguiente debieron ser criados por Dios.

P. Pero y no habria otro medio sin que los primeros padres fueran criados por

R. No hay otro: porque es claro que pudieron criar á sí mismo.

P. Y si dijéramos que nacieron de otra tierra?

R. Semejante absurdo no merecerá que

P. El hombre tiene alma?

R. Si señor: porque dentro de nosotros un sér que piensa, quiere y siente, como uno lo experimenta, por sí mismo; y á eso le llamamos alma.

P. Es corporal el alma?

R. No señor: porque lo que piensa no puede ser cuerpo: pues que los cuerpos no son incapaces de esto, sino hasta de moverse á sí mismos.

P. El alma muere con el cuerpo?

R. No señor. Todos los pueblos de la tierra han creído que habia otra vida, á donde el alma despues de separada del cuerpo. más, si no hubiese otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, como podría explicar la dicha de muchos malos en este mundo, y la desdicha de muchos buenos?

§ II.

P. Existe alguna religión?

R. Sí, señor: porque de otra suerte r di

amos de qué modo tributar á Dios nuestro
sabi to, ni cuáles son los medios que debemos
sadd emplear para llegar al fin á que Dios nos ha
cosa tinado.

P. Y qué le parece á U. de los hombres
pe no piensan jamás en la religión, y que no
R pieren examinar si la hay, ni cuál es la ver-
cria dera ó la falsa?

R. Que son muy insensatos: porque al fin
debi de venir un día en que han de morir; y en-
Dio ces experimentarán por sí mismos lo que
ora se empeñan en olvidar.

P. Pero ellos dicen que quizá no haya na-
cuic de cuanto nos habla la religion?

R. ¿Y si hay? como es bien claro que el
extr lo no será para los que dudan de él, no les
seri da otro destino que el infierno. Figurémo-
nada s que un hombre anda de noche por un ca-
teni no, donde segun le han dicho muchos, en-
mos trará un horrendo precipicio. Este hombre
mar da si efectivamente es así, pero no quiere
rad dar de asegurarse de la verdad ó falsedad
tal lo que le avisan; y sin luz, sin mirar donde

hur ne sus piés, echa á correr por el camino,
raz qué nos parecerá de la prudencia de aquel
pmbre? ¿no diríamos que ha perdido el juicio?

tuv o diríamos que él tiene la culpa, si encon-
otr ando el precipicio se despeñase?

P. ¿Y tenemos algunas señales que nos in-
ha quen cuál es la religión verdadera?

R. Sin duda: de otro modo podríamos de-

cir que Dios nos ha hejado sin luz en el nego-
cio que más nos importa.

P. Cuáles son estas señales?

R. Son las que muestren que la Religión
de que se trate, ha dimanado de Dios.

P. Y esto cómo lo conoceremos?

R. Mirando cuál es la religión que tiene
en su favor hechos, que manifiesten la expresa
sanción de Dios: como por ejemplo milagros
y profecías

P. ¿Hay alguna religión que reúna todos
los caracteres necesarios para asegurarnos de
que es divina?

R. Sí señor: la Católica Romana

P. ¿Está U. bien cierto de que existió Je-
sucristo?

R. Sí señor: porque aunque no estuviera
cierto de ello por la fé, como verdaderamente
lo estoy, bastaría para asegurarme de esta ver-
dad, el ver que la existencia de Jesucristo, está,
humanamente hablando, tan probada como la
de Alejandro, de César, de Platón de Cicerón,
de Virgilo, y la de todos los hombres célebres.

P. Cómo se podrá probar que Jesucristo
no era un impostor

R. Es muy fácil: su vida es un espejo pu-
rísimo, donde nadie ha podido encontrar una
mancha; su doctrina es tan elevada y tan santa,
que ha llenado de admiración hasta á los ma-
yores enemigos del cristianismo; en Jesucristo
se cumplieron de un modo admirable todas las

profecías, que con respecto á su persona se habían publicado muchos siglos antes de su venida; hizo tantos y tan estupendos milagros, que llenó de confusión á sus enemigos, que no sabían cómo explicarlos; no habiendo aprendido las letras en ninguna parte, poseía, no obstante; tan alta sabiduría, que ya desde su niñez fué la admiración de los doctores; y además fundó una Iglesia en la que se cumple exactamente lo que él predijo: que todos los esfuerzos del infierno no bastarían á destruirla. ¿Qué más queremos para asegurarnos de que Jesucristo era verdaderamente enviado de Dios?

P. Pero Mahoma también fundó una religión que se extendió mucho, y que dura todavía; y no creyendo en la de Mahoma, ¿por qué hemos de creer en la de Jesucristo?

R. La diferencia es muy grande. Mahoma fundó su religión siendo hombre rico y poderoso, Jesucristo siendo pobre; Mahoma era instruido, porque había estudiado, Jesucristo era sabio sin haber aprendido de ningún hombre; Mahoma halagó las pasiones; Jesucristo las enfrenó; Mahoma se valió de soldados, Jesucristo de apóstoles pobres y desvalidos; Mahoma no hizo ningún milagro en público, Jesucristo infinitos, á la luz del día, á la faz del mundo; la moral de Mahoma es relajada, la de Jesucristo es severa y pura; las doctrinas de Mahoma son extravagantes y ridículas, las de Jesucristo son sublimes; en Mahoma no se cumplió ninguna

profesía en Jesucristo todas; y por fin, allí donde se ha establecido el Mahometismo, allí vemos corrupción, esclavitud, degradación, y no parece sino que la humanidad camina rápidamente hácia el sepulcro; y allí donde ha reinado el cristianismo, allí vemos al hombre con dignidad, con moral pura, con bienestar, con dicha, en cuanto cabe en esta vida mortal; ¿qué tiene pues Mahoma de comparable con Jesucristo?

P. Y la idolatría ¿no estuvo también muy extendida por la tierra, antes de la venida de Jesucristo, y aun ahora, no reina todavía en muchos países?

R. Sí, señor, pero esto no hace mas que ofrecernos una prueba de la ceguedad y de las miserias del hombre; porque basta una mirada á la historia de los dioses de los ídólatras, para convencerse de que la idolatría mas bien que una religión es una masa informe de errores y absurdos,

§ III.

P. Ya que ha hablado U. de la ceguedad y de la miseria del hombre, ¿que le parece á U. del dogma del pecado original?

R. Que es un misterio incomprensible al hombre; pero que al propio tiempo explica otros misterios que se encuentran en el mismo hombre.

P. Qué quiere U. significar con lo que acaba de decir?

R. Que en nosotros se encuentra tan confusa mezcla de bien y de mal, de inteligencia é ignorancia, de grandor y de pequeñez en una palabra, tanta contradicción, que si no suponemos que el linaje humano haya sufrido una degeneración; no podremos explicarnos á nosotros mismos.

P. Parece á U. este dogma de alta importancia?

R. Sí, Señor: porque además de lo que acabo de indicar, sobre lo mucho que sirve para explicar las contradicciones que se observan en el hombre, es nada ménos que uno de los puntos capitales en que estriba el basto y admirable conjunto de los dogmas de nuestra santa Religión.

P. ¿Cómo explica U. esto?

R. Caído el linaje humano por la culpa en desgracia de Dios, no podía levantarse de tan fatal estado por sus propias fuerzas. Dios se compadeció de él, envió á su Hijo Unigénito, que se hizo hombre en las entrañas de la Virgen María. Siendo Dios-Hombre, eran sus padecimientos y méritos de un valor infinito á los ojos de Dios; y así, padeciendo y muriendo por nosotros, satisfizo á la justicia divina la deuda que el hombre no habría podido satisfacer jamás.

P. ¿Quién fundó la Iglesia?

R. Jesucristo.

P. ¿Hasta cuando durará?

R. Hasta la consumación de los siglos; pues que así lo prometió Jesucristo, quien siendo Dios, no puede engañarse ni engañarnos.

P. Basta para salvarnos vivir en una cualquiera de las Iglesias que se llaman cristianas?

R. Nó, Señor: es necesario vivir en la verdadera; y esta es una sola, que es la Católica Romana.

P. Es absolutamente necesario reconocer al Papa como cabeza visible de la Iglesia?

R. Sí, Señor: porque él es el sucesor de San Pedro, quien recibió de Jesucristo la potestad de apacentar todo el rebaño de los fieles.

P. Y los obispos tambien deben estarle sujetos?

R. Sí, Señor; pues que Jesucristo á nadie exceptuó.

P. Y no bastaría que los fieles obedeciesen á sus respectivos obispos, y que cada uno de estos fuera independiente?

R. Entonces ya no sería una Iglesia, sino muchas; ó mas bien, habría un cuerpo sin cabeza. Además, ¿quién resolvería los negocios pertenecientes á la Iglesia Universal?

P. No podrian los concilios hacer todo lo que hace el Papa?

R. Nó, Señor; porque aun prescindiendo de otras dificultades, tendríamos que la Iglesia estaría casi siempre sin autoridad; pues que los concilios no se reunen sino de vez en cuando, sobre todo, los generales. El de Trento es el último que se ha tenido, y han pasado ya desde su reunión cerca de tres siglos.

P. Para probar, en pocas palabras, la necesidad del Sumo Pontífice, qué razón señalaría U.?

R. Diría que no hay ni puede haber sociedad sin cabeza; de consiguiente ni Iglesia sin Sumo Pontífice.

§ V.

P. ¿Tiene la Iglesia facultad de imponer preceptos á los fieles?

R. Sí, Señor: porque en toda sociedad ha de haber facultad de hacer leyes, que obliguen á los que pertenecen á ella.

P. Puede la Iglesia prohibirnos la lectura de malos libros?

R. Sí, Señor; por la misma razón que un padre prohíbe á sus hijos el que coman alimentos dañosos.

P. Qué entiende U. por malos libros?

R. Los que extravían el entendimiento corrompen el corazón.

P. Es muy peligroso el que los malos libros nos acarreen semejante daño?

R. Sí, Señor: son peores que las malas

compañías, porque los tenemos á todas horas; el autor, cuya capacidad por lo comun es muy superior á la nuestra, adquiere sobre nuestro espíritu mucho ascendiente, y acaba por arrastrarnos á sus errores, por mas que al principiar la lectura, nos hayamos prevenido contra su influencia.

P. Pero entonces ¿no quedaremos sin ilustrarnos en muchas materias?

R. No Señor; porque todo lo necesario para la verdadera ilustración, se halla tambien en los libros buenos.

P. Es verdad que la ilustración esté reñida con la religión?

R. Es un gravísimo error: la historia entera le contradice: los hombres mas sabios han sido religiosos; si ha habido alguna excepción, esta no destruye la regla.

§ VI.

P. ¿Qué conducta guardará U. en las disputas sobre Religión?

R. A mas de procurar tener presentes las advertencias que se me han dado en el cuerpo de este libro, cuidaré sobre todo de que un celo indiscreto no me lleve á disputar de puntos que no entienda.

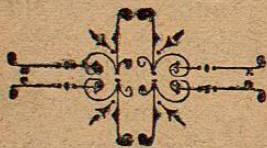
P. ¿Y por qué tanto cuidado? ¿no por quedar mal?

R. No precisamente por esto; sino porque

mi imprudencia podría hacer daño á la causa de la verdad.

P. Si le proponen á U. contra la religión una dificultad que no sepa saltar, ¿qué hará U.? se dará por convencido?

R. No, Señor, porque si así lo hiciéramos, de nada podríamos estar seguros. Suponga U. la cosa más cierta y más evidente del mundo, y nunca faltarán hombres que la sepan combatir de manera que parezca que vacile. Esto proviene de la misma debilidad de nuestro entendimiento, que no nos deja ver las cosas con toda claridad; y así en teniendo el adversario en la disputa ó más talento ó más instrucción, siempre confunde ó al menos enreda á los otros.



EXPLICACION
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

QUE DE ÓRDEN DEL PAPA CLEMENTE VIII,
COMPUSO
EL V. EMO. ILMO. Y RMO. SR.

ROBERTO BELARMINO,

CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA
ROMANA, ARZOBISPO DE CAPUA.

Aprobada en su original Italiano por cinco Sumos Pon-
tífices, por una sagrada Congregacion, y por el Concilio
Romano que precedió Benedicto XIII.

ASIENTOS.

IMPRESA MARIANA, Á CARGO DE
MARIANO MACÍAS.
1883.